

«Le petit gran empereur»

Joaquín Juan Dalac es doctor Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos

Los sentimientos, como los colores, no admiten ciertas combinaciones ni agrupamientos y así como, si estos coinciden sin acierto, solo causan chirrido y estridencia, los estados de ánimo, según cuáles se mezclen, producen figuras patéticas y ridículas. Esto sucede, por ejemplo, cuando un individuo es ingrato, vanidoso y tiene complejo de superioridad, como le ocurre al mandatario francés, que lleva tiempo intentando dirigir el concierto de naciones, con propuestas y actuaciones para la galería, y así encubrir sus carencias.

No es que se vaya que pedir que el agradecimiento sea eterno y que haya que estar supeditado por vida a quien hizo el favor; pero sí se debe tener alguna memoria y guardar unas buenas relaciones con el benefactor. Ya ha olvidado que en dos ocasiones históricas los americanos vinieron en su ayuda y salvaron a la vieja Europa, ayuda sin la cual no hubieran sido liberados del dominio en que estuvieron. Claro, su orgullo les hizo acusar de traidor al prestigioso mariscal que, precisamente al firmar el armisticio, evitó que sufrieran los horrores de la guerra y pudieron aguardar tranquilamente la llegada del desembarco. Digamos que, con aquella firma, ya se estaba dando un rotundo «no» a la guerra (eso que ahora se lleva tanto); pero, como lo propició con humildad un venerable anciano que vislumbró la tragedia que se les venía encima, no tuvieron otra ocurrencia que encarcelarlo a perpetuidad para dejar constancia de que cometió un grave error porque, si se les hubiera dejado, ellos habrían vencido. El sacrificó su honor para salvar a su patria. Ellos repararon su orgullo. Completaron la operación adornando su comportamiento con algunos grupos de patriotas en la resistencia y en el «maquis», que, los pobres, mostraron en películas y novelas que exportaron a todo el mundo.

Como el pequeño emperador, si se hubiera sumado a los americanos en la guerra iraquí, habría ido de segundón, porque hoy su nación ya no da más de sí, la vanidad le recomendó ponerse en la oposición y ser el protagonista indiscutible en ese lado, arrastrando a otros que se veían más iguales a él (hace de condescendiente para agradar), que también se frustraban, por resultar tan pequeños al lado del gigante.

La «grandeur» hizo crear el gran avión supersónico para vuelos transatlánticos y así la compañía que lleva el nombre de la patria lo gritaría a todo el mundo; pero claro, una cosa es el querer y otra el poder, y el orgullo y la vanidad le han traído de nuevo al fracaso y han tenido que cerrar la tienda aprovechando un trágico accidente (el orgullo quedó una vez más a salvo porque se planteó como una decisión de prudencia) que les sacó de las dudas que pudieran tener. Y es que el dirigismo, aunque sea encubierto, nunca podrá con los resultados de la iniciativa privada.

Idéntica suerte ha corrido la aventura espacial (preparada para el día de Navidad, una manera laicista de iniciarse en la celebración del nacimiento de un nuevo dios sustituto), otro fiasco estrepitoso del impulso europeo (está contagiando de «grandeur» a los vecinos), viciado por su presuntuosidad, en el que la sonda interplanetaria de la vieja Europa, cual joven escapado de casa, se encuentra en paradero desconocido, tal vez desintegrada en los fragmentos que han cruzado el cielo de la meseta. Todos estos montajes y fallos, unidos al exitoso aterrizaje del robot estadounidense, en esos mismos días y al mismo planeta (que hasta podía haber servido de «Salvation Army»), ha sido un caso más de ridículo de los sentimientos imperialistas.

En el concierto europeo también anda removiendo las bases y los pactos que estaban suficientemente sacramentados, todo ello con el fin de erigirse en el mandamás, lo cual pretende lograr haciendo que sean muchos socios; y conseguir que haya un pelotón de torpes (la ley de los grandes números lo propicia) que consiente y calla; y ya, después, es cuestión de habilidad que la raya de separación entre unos y otros se ponga de modo que pille a un lado a todos los que él desee. Y ha logrado su jefatura y encumbramiento personal. Se ha sacado de la manga la ambivalencia esa de las dos velocidades, sin comentar las aceleraciones (que no se sabe si quiere decir que ellos seguirán su ritmo y somos nosotros los que hemos de dar más gas; que, si no hay empuje adicional,

estaremos siempre por debajo de ellos; o que cada vez las distancias se agrandarán), cuando lo que corresponde reconocer es que quiere formar el grupo de los poderosos (los del otro lado de la raya), que comandaría él porque para eso es el creador, y el grupo de los débiles, en donde con gran placer metería a España, a la que odia por razones históricas: contiendas pasadas; su refugio a los disidentes (que no le sirvieron para nada, porque nunca volvieron victoriosos); la marcha de la economía; la alianza con los americanos.

Al alemán lo ha llevado a su terreno porque está debilitado por los mismos problemas económicos, sociales e ideológicos (operan con programas fracasados) y, además, por la integración de la otra mitad del Este. Si hábilmente se le recuerda un poco de lo que hicieron sus compatriotas en la segunda guerra, se logrará acomplejarlo lo suficiente como para que no alce la voz y sea un buen corifeo.

Ambos, muy cogiditos de la mano, incumplen el pacto de estabilidad al ser víctimas de la misma política socioeconómica: inmigración, prestaciones sociales, estatismo, sin que los mandatarios europeos se atrevan a sancionarlos ante las presiones que han recibido. No se dan cuenta de que van a tener que hacer lo mismo con los pequeños (muchos), con lo que la unidad económica y la monetaria se va al traste, como ya se fue la de política exterior. Hay un paripé de recursos y castigos; pero es para la galería. Nadie ve a Francia sancionada. Ya se ha dicho, a mayor delito más impunidad. Si la infracción hubiera sido de un contribuyente de a pie...

Con sus técnicas imperiales ha logrado llevarse a su país la oferta de Europa para el proyecto internacional del reactor termonuclear experimental, arrebatándoselo a España que era el otro candidato (la Unión Europea no es la Europa unida). Pero, claro, como los americanos, que tienen todo el poder en el consorcio creado al efecto, no pagan a los traidores, ya han declarado que trasladarán el destino a otro lugar más propicio. El egoísmo de este ególatra le ha quitado una gran oportunidad a los europeos al quererle quedar él con todo; pero así logró que no viniera a España.

Junto a su ex jefe de filas, otra momia visionaria, que se autonombra presidente vitalicio de todos los europeos, está promoviendo una nueva Constitución para el conjunto de naciones, en la que se da más poder con esa nueva fórmula que ha creado del peso poblacional (ha buscado la justificación que le interesaba; vaya frescura) y en la que tiene especial interés en que no consten nuestras raíces cristianas, ello porque todos los imperios necesitan organizar su religiosidad, en este caso arreligiosidad, para llevarla al pueblo. En esa guerra non sancta, comienza por igualar los signos (gajo, exágono, velo) con los testimonios (crucifijo) para así poder llegar a la verdadera desaparición de las creencias que son poco manipulables. En lugar de oponerse a que la inmigración modifique nuestras costumbres y tradiciones y que sea ella la que se adapte (algún derecho hemos de tener los nativos; derechos históricos), se vende la idea de que, para que no estén sus señales, hemos de quitar nuestros crucifijos. A buena hora la colonia europea de cualquier ciudad magrebí va a reclamar que quiten de las escuelas la religiosidad local.